

En el charco á la par damos con ellos,
Que oprimidos del peso de las armas,
Siendo para nadar unos zopencos,
Se ahogaran sin recurso. Aquí gozosos
Levantamos entónces un trofeo,
Do la fama repita con su trompa
La ratonimatanza en claros ecos.»

Calló, y á buscar armas todos corren.
De hojas de malvas borceguías tersos
A sus piernas ajustan. Las acelgas
Anchurosas y verdes firmes petos
Les suministran. Con primor no visto,
Las hojas de la berza, honor del huerto,
Para broqueles aderezan. Ponen,
En vez de lanzas en el ristre, sendos
Juncos largos y agudos; y las conchas,
De caracoles suplen el defecto
De cascos bronceados. Guarnecidos
Con estas armas, dándoles aliento
El coraje que hierve en sus entrañas,
Tomando posiciones del estero,
Al borde en los barrancos más tajados,
Blanden sus lanzas, vomitando fieros.

Júpiter, á los dioses convocando,
Subir les manda al estrellado cielo.
De la guerra terrible les da parte,
Del número y valor de los guerreros;
Muchos y excelsos, que con luengas lanzas,
No están á pelear menos resueltos
Que cuando los Centauros y Gigantes
El celestial alcázar combatieron.
Quién á las ranas, quién á los ratones
Su divino favor preste, risueño
Pregunta á todos; y con dulce agrado
La palabra á Minerva dirigiendo,
«Hija, le dice, tú darás tu auxilio
A los ratones, que en tu augusto templo
Andan saltando siempre, y participan
De las ofrendas del devoto pueblo,
Y gozan los perfumes que embalsaman
Tu trono y ara con olor sabeo.»

A Júpiter Minerva así responde:
«Si á los ratones en peligro extremo
Yo viera ¡oh padre! no los auxiliara,
Porque de ellos sufrí males sin cuento.
Arpar mis diademas, los faroles
Apagar por chuparse los mecheros
Con el mayor descaro, son injurias
Que las tengo clavadas en el pecho.
¡Y si en esto parasen!... ¡Insolentes!
Han osado también roer mi peplo,
Que yo misma tejí de sutil trama
Y fino estambre, hilado por mis dedos
Con mil apuros; pues tomé al fiado
La lana, y no he cumplido con el dueño,
Ni he satisfecho al sastre las hechuras,
Que por la dilación me exige premio.
Por esto los ratones me fastidian,
Pero las ranas no me enfadan ménos.
Entiendo que no tienen sano el juicio,
Porque cuando volví del campamento,
Cansada del trabajo de la guerra
Primera, y por demas falta de sueño;
Mis ojos no pegué en toda la noche;
¡Tanto fué el alboroto que trajeron!
Con dolor de cabeza desvelada,
Así que cantó el gallo dejé el lecho.
Batallén como quieran, á ninguno
Con nuestro auxilio ¡oh dioses! ayudemos,
No sea que algun dardo nos alcance
De los que ellos disparan desde léjos;
Pues cuando se encarniza la refriega,
No reparan de dioses en respetos,
Y aquí desde el empuje, sosegados,
Del guerrero espectáculo gocemos.»
La persuasiva arenga de Minerva
Convenció á sus divinos compañeros,
Que en lugar oportuno se colocan.
Preséntase á sus ojos el sangriento
Pendon que dos alféreces traían:
El bélico clamor dos trompeteros
Cinifés con espanto al aire esparcen,

Redoblando sus toques á degüello.
Desde el Olimpo Júpiter Saturnio
Tronó en señal de desastroso agüero.

Hasta el hígado el vientre atravesando,
Antes que nadie estrena Vocinglero
Su lanza en Fuertelame, que alto grado
Tenía entre la flor de los guerreros:
Precipitado cae, y con el polvo
Asqueroso quedó su fino pelo.
Su lanza en esto Minacuevas clava
En la tabla del pecho á Cienolento,
Con fuerza tanta, que la negra muerte
Le arrancó el alma al desplomarse el cuerpo.
Acélgano, despues, á Cataorzas
El corazon traspasa. Violento
Pantraga el vientre rompe á Garlagarla,
Y el alma vuela de sus frios miembros.
Moribundo le mira Gozalagos,
Y el paso á Minacuevas dirigiendo,
Con una enorme piedra de molino
Le dió un golpe mortal en el pescuezo,
Y eterna oscuridad cerró sus ojos.

Va sobre él Fuertelame, y con su acero,
A Gozalagos con certero golpe
Los livianos (1) le saca, y al momento
Zampacoles, tomándole las vueltas,
Se echa del lago en el fondéadero,
Y con denuedo lidia desde el agua;
Herido Fuertelame viene al suelo,
Y no rebulle. Se enrojece el agua
Con la sangre que arroja de su cuerpo
En la playa tendido, y en sus tripas
Y sebosas entrañas todo envuelto.
Charquiario, enfurecido, en las orillas
Del charco mata al bravo Oradaquesos.
Al ver á Roepiernas, temeroso
Huye saltando al lago Carriceño,
Roto el escudo. Vuela disparado
Por Gustagnas un canto, y el cerebro
Hunde al rey Mascapiernas, que despide
Despachurrados sus mezuquinos sesos
Por la nariz, teñidos en la sangre
Que el suelo inunda. El bravo Vuelcaciños
Alanceado cae por Lameplatos,
Y queda sepultado en sueño eterno.
A Usmeon acechando Sorbeovas,
Le agarra y trae con tenaces dedos
Por un talon al charco, y con el agua
Añuzcado, cerrósele el garguero.
Robamigas batalla enfurecido,
Al ver los suyos en el campo yertos,
Y la ancha panza rompe de Lodanio,
Metiéndole hasta el hígado el acero:
Cae el cadáver yerto á sus piés mismos,
Y desciende el espíritu al averno.

Pisaciños lo ve; y una pellada
De lodo le arrojó, que el entrecejo
Le aplasta, y por muy poco no le ciega.
Entónces el raton, en ira ardiendo,
Brama de rabia, y con robusta mano
Una peña levanta, que en el suelo
Era carga pesada á nuestro globo,
Y brioso la arroja á Pisaciños
De rodillas abajo, y como alheña
La canilla derecha le ha deshecho,
Tendiéndole en el polvo panza-arriba.
Gritanio á defenderle va corriendo
Con lanza en ristre, y pasa á su contrario
Con ella el vientre, y al tirar del hierro,
Arráncale con mano poderosa
El entresajo é intestino recto,
Que por el ancho suelo desparrama.
Pancome, que esto observa desde léjos,
Pues quedó fuera de combate, cojo,
Junto á la charca con dolor intenso,
Se tiró, como pudo, en una zanja,
Por temor de pagar con el pellejo.
Con un pié herido escapa Carinfiado,
Y á ocultarse en el charco va ligero,
De Zampatortas acosado. Y éste

(1) Los botes.

Que le veía casi sin aliento
Caer precipitado, á él se abalanza,
La atroz injuria de vengar sediento.
Mas Verdiovando, que el peligro advierte
En que se ve su triste compañero,
Por entre los más bravos se abre calle,
Y ya que cerca está, con brazo diestro
A Zampatortas una lanza vibra,
Que sin poder atravesar los cueros,
En la adarga quedó firme clavada.

Bizarro si los hay un raton nuevo,
A quien torcer ninguno el brazo pudo
Si á luchar se ponía cuerpo á cuerpo,
Adalid que otro Marte representa,
Del noble Panacecha el hijo tierno,
Robaparte, el gallardo, el valeroso,
El solo en batallar y vencer riesgos,
A la márgen del lago se presenta,
Y ufano, como aquel que estaba cierto
De que todas las ranas no podían
Contrarrestar su denodado esfuerzo,
Por más que peleasen, les intima
Que su esterminio tiene ya resuelto.
Y era tan grande su ardoroso brío,
Que uno fuera el decirlo y el hacerlo,
Si el padre de los dioses y los hombres
No hubiera á su bravura puesto freno,
Compadecido de las tristes ranas,
Que no tenían de salvarse medio.
La frente alzando el hijo de Saturno,
Declara así su compasivo afecto:

«¡Qué enorme empresa miro que acomete
Osado Robaparte y altanero!
Sus aterrantes voces de exterminio
Contra las ranas, danme gran tormento,
Pero allá vaya la guerrera Pálas,
Y también Marte, sin perder momento,
Y por más que confie en su pujanza,
Desistirá del belicoso empeño.»
A esta propuesta así responde Marte:
«¡Oh hijo de Saturno, yo comprendo
Que de Pálas y Marte el poder sólo
A las ranas no sirve de provecho.
Marchemos todos juntos en su ayuda;
O el arma fuerte esgrime, que el portentoso

Asombroso y fatal á los titanes
Obró, cuando la muerte á los que entre ellos
De más valientes se preciaban, diste,
Ahérrojado á Encélado trayendo,
Y á la indomable raza de gigantes
Duras cadenas anudando al cuello.»

Dijo: y el hijo de Saturno vibra
El rayo fulminante, y con el trueno
Retumbando la bóveda celeste,
Retemblar hizo el vasto firmamento.
Rodeando su brazo poderoso,
Lanza con furia ingente el rey del cielo
El rayo aterrador de los mortales,
Que bajó serpeando en presto vuelo.

Despavoridos ranas y ratones
Quedaron todos con tan recio estruendo.
Mas los ratones, recobrando el brío,
Sin reparar en sustos pasajeros,
En columna cerrada por los grupos
De las ranas con ímpetu rompieron.
Y no hubieran dejado rana á vida,
Si Júpiter, propicio, con empeño
No ayudara á las ranas, enviando
De tropas auxiliares un refuerzo.

Grande caterva de repente vino
De campeones, que sin ser herreros,
Tienen lomos á yunque parecidos;
Sus garras corvas, el andar travieso,
De tenazas armados los hocicos,
Visojos, zambos, de huesudos miembros,
Anchos de espaldas, de hombros relucientes
De manos largas, miran por el pecho,
Teniendo dos cabezas, cuatro patas
Por banda mueven con gentil sosiego.
Pielas de concha llevan, son de trato
Aspero y duro: llámense Cangrejos.
A los ratones, piés, manos y colas
Atarazan, dejando el tronco escueto,
Y en vano los ratones los arredran,
Que sus lanzas resaltan en los cueros.

Por fin, ya sin aliento los cuitados
Que quedaron con piés, huyen ligeros.
Paró al poner del sol la lucha horrenda,
Siendo su duración de un día entero.

DON PABLO DE JÉRICA.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en Vitoria el 15 de Enero de 1781. Estudió filosofía con los religiosos dominicanos de aquella ciudad, y derecho romano en la universidad de Oñate. Poco inclinado á los estudios graves, los dejó para dedicarse al comercio, que habia sido la profesion de su padre, y pasó á Cádiz con este designio por los años de 1804. Frustráronse allí sus esperanzas de hacer fortuna. Una espantosa epidemia y la gloriosa, pero funesta batalla de Trafalgar paralizaron por aquellos tiempos el movimiento mercantil. Sobrado de tiempo para consagrarse á sus aficiones favoritas, JÉRICA aprendió el italiano, el inglés y el portugues, y compuso muchas poesias. Durante los primeros años de la invasion francesa, cultivó en Cádiz la amistad de varios literatos distinguidos, que allí acudieron con motivo de las circunstancias, y se dió á conocer, publicando en los periódicos varios artículos, y no pocas composiciones fugitivas. Despues residió algun tiempo en la Coruña, en cuyos periódicos publicó asimismo algunos escritos.

Por la imprudencia de algunos de sus actos, nacida de sus vehementes opiniones liberales, fué, en 1814, sentenciado á presidio por diez años y un dia. Se libró de esta pena refugiándose en

Francia. Allí vivió algún tiempo en puntos más ó ménos cercanos á la frontera. Fué tenido por conspirador, y encarcelado en Pau por órden de las autoridades francesas. A los tres meses de prision recobró su libertad, y se estableció en París, donde pasó unos tres años dedicado á estudios literarios. En 1820 regresó á España, y fué sucesivamente comandante del batallón de voluntarios de Constitucionales de Vitoria, individuo de la Diputación provincial de Álava, y en 1823, alcalde constitucional de Vitoria.

Derrocado el sistema constitucional, fué perseguido por breve tiempo; pero no quiso entónces emigrar, y permaneció sosegado en su casa al cuidado de sus bienes. Algun tiempo despues realizó su caudal; abandonó para siempre su patria; compró haciendas en Francia, cerca de Dax; se casó con una señorita francesa, y obtuvo del rey de Francia carta de naturaleza, con todos los derechos anejos á la calidad de frances.

De las poesías de JÉRICA se han hecho várias ediciones:

Ensayos poéticos; Valencia, 1814.

Id. París, 1817.

Poesías; Vitoria, 1822.

Id. Burdeos, 1831. (En esta edicion hay algunas noticias de su vida política y literaria.)

Publicó ademas: *Coleccion de cuentos, fábulas, descripciones, anécdotas, diálogos, etc., sacados de comedias antiguas españolas*. Burdeos; 1831, en 16.º

JUICIO CRÍTICO DE DON FERNANDO JOSÉ WOLF.

(*Floresta de rimas modernas castellanas*. París; 1837.)

La mayor parte á la par que la mejor de las composiciones poéticas de JÉRICA, consiste en *fábulas, cuentos jocosos y epigramas*. Su ingenio fácil, festivo, libre y mordaz, se brindaba de buen grado á estos géneros de composicion, en los que supo lucir gracia, soltura, malicia y agudeza; aunque es forzoso confirmar lo que ha advertido al publicar sus poesías el mismo poeta: «que no aspira al mérito de autor original.»

POESÍAS.

EPIGRAMAS.

I.

MI PROPÓSITO.

Ya que me siento capaz,
Escribiré sin reparo.....
—Mira no te cueste caro
Tu nimen acre y mordaz.
—No, señor, ¡qué desatino!
¡Acaso hay uno que lea
Sátiras, que no las crea
Hechas contra su vecino?

II.

¡LO QUE PUEDE UNA PASION!

En un salon hácia el mar,
Se hallaba desesperado
Gil, amante desdefiado;
Y se queria matar.
En esto, perdido y ciego,
Le dió de ahogarse tal gana,
Que abrió al punto una ventana.....
Y la volvió á cerrar luego.

III.

De un periódico muy malo y muy caro, titulado *La Gaceta del Comercio*, que publicaba en Cádiz el padre Ruiz, cura del Sagrario.

El papelón que los mártres
Y los viérnes nos espetan,
No es Gaceta de Comercio,
Es comercio de gaceta.

IV.

A un médico que desafió á un terciario.

Advertid, señor Mallorca,
Que si le diéreis la muerte
Con la espada, vuestra suerte
Será morir en la horca.
Siendo doctor; buena gana
Teneis de desafiarle!
Aguardad para matarle
A que le dé la terciaria.

V.

EL INGENUO.

Es mi Filis instruida,
Tanto, que aún sabe caillar;

Su hermosura es singular,
Y en todo, todo, es cumplida.
Siempre ha scldido tener
Entre todos gran concepto;
¡Ay! pero tiene un defecto
Grandísimo..... que es mujer.

VI.

EL CASAMIENTO A LA MODA.

¡Quieres casarte, Fabio?—No, se-
—Hay una niña.....—Mas que hubie-
[ra tres.
—Vamos, quizá le cobrarás amor.....
—¡Ya val!—Tiene quince años, pero es
De juicio y de talento superior.
—No la quiero, no.—Mira que mi Ines
Es hermosa; si quieres, le daré
Cien mil ducados.—¡Si? Me casaré.

VII.

EL AVISO OPORTUNO.

Sabe, Juan, puesto que vas
Tras de Ines, si has de alcanzarla,

Que cuesta mucho lograrla,
Y haberla logrado, mas.

VIII.

EL JUEZ INGENUO.

Callad, dijo un magistrado
Al oírse un gran ruido
En la sala del juzgado;
¡Por Dios que estoy aturdidol
Diez causas he sentenciado
Sin haberlas entendido.

IX.

LA NIÑA TIMORATA.

Que venga mi confesor,
Dijo, estando enferma, Ines:
Preguntáronle, ¡quién es?
Y añadió: Fray Salvador.
Así que se le llamó,
Dijeron en el convento:
Iria; pero es el cuento
Que há diez años que murió.

X.

A un mal autor que anunciaba una obrita
á menudo en los periódicos.

Nos dices que tu librejo
Se vende en casa de Bosc;
Que allí se encuentra es seguro;
Pero que se vende, no.

XI.

DE UN MAL PAGADOR.

¡Qué casaca tan hermosa!
—Es de paño de Sedan.
—Bien se conoce, Roldan.
¡Te cuesta mucho?—No es cosa.
Por ella en casa de Prada
Treinta duros me han cargado.
—Muy cara sale.—Al fiado.
—Siendo así, sale por nada.

XII.

REFLEXION OPORTUNA.

Ha dado en decir la gente
Que con la bella Leonor
Casais vuestro hijo menor.
¡Es verdad?—Es evidente.
—Pues le falta todavía
Algun juicio.—¡Voto á tal!
Si le tuviera cabal,
¡Pensais que se casaria?

XIII.

EL DIABLO SABE MUCHO.

Á Job el diablo tentó
Con tanta solicitud,
Que los bienes, la salud,
Y los hijos le quitó.
Mas no pudiendo vencer
Su virtud con inquietarle;
Trató de desesperarle.....
Y le dejó la mujer.

FÁBULAS.

XIV.

A un jefe cojo y manco que huyó de una
batalla.

El suceso ha demostrado
Que no es en parte verdad
Lo que de tu manquedad
Y cojera han propalado.
Pues vemos que al ser batida
En Uclés tu division,
Si fuiste manco en la accion,
No fuiste cojo en la huida.

XV.

Habiendo preguntado al autor qué le había
parecido un drama representado en Cádiz,
y compuesto por el difunto Duque de Híjar,
contestó con este epigrama:

Grande el número de actores;
Grande el autor, su Excelencia;
Grandes los actos, señores;
Y más grande la paciencia
De tantos espectadores!!!

XVI.

EL USO HACE MAESTRO.

Muy bien habla Sinforosa,
Y qué la palma le den
En eso, pide orgullosa;
Mas no es mucho que hable bien,
Pues jamas hace otra cosa.

XVII.

De un ratero muy diestro en hacer desapare-
cer relojes, sortijas, etc.

Juega de manos Tomas
Con sutileza asombrosa,
Cual no se verá jamas:
Si él llega á ver una cosa,
Su dueño no la ve más.

FÁBULAS.

I.

EL RATON DENTRO DEL QUESO.

Mientras en guerras
Se destrozaban
Los animales
Con justa causa,
Un ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Estaba siempre
Dentro de un queso.

Juntaban gente,
Buscaban armas,
Formaban tropas,
Daban batallas:
Y el ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Siempre metido
Dentro del queso.

Pasaban hambres
En las jornadas,
Y malas noches
En malas camas;

Y el ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Siempre metido
Dentro del queso.

Ya el enemigo
Se ve en campaña;
Al arma todos,
Todos al arma;
Y el ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Siempre metido
Dentro del queso.

A uno le hieren,
A otro le atrapan,
A otro le dejan
En la estacada;
Y el ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Metido siempre
Dentro del queso.

Por fin lograron,
Con la constancia,
Sin enemigos
Ver la comarca;
Y el ratoncillo
¡Qué bueno es eso!
Metido siempre
Dentro del queso.

Mas ¡quién entónces
Lograr alcanza
El premio y fruto
De tanta hazaña?
El ratoncillo
¡Qué bueno es eso
Que siempre estuvo
Dentro del queso.

II.

EL LEON CON JAQUECA.

Altercando los brutos,
Sus riñas y reyertas,
Causaron (dice el texto)
A su rey el leon una jaqueca.
Quédase, pues, en cama;
Y á visitarle llegan
Los dignos sucesores
De Hipócrates, Galeno y Avicena.
Alárgales el pulso,
Enséñales la lengua;
Y al punto conocieron
De donde procedía la dolencia.
El más viejo de todos
Habló de esta manera:
Señor, el vulgo necio [zas.
Es un monstruo feroz con cien cabe-
Chillan, aullan, ladran,
Maullan y berrean;
Balan, relinchan, mugen,
Y gruñen y rebuznan y cocean.
Tal bulla y greguería
En vuestra real cabeza
Ha causado afecciones,
Estimulando la suprema esfera,
En la ocasion presente,
Con régimen y dieta,
Se cortarán del todo
Del mal las ulteriores influencias.
Mas en lo sucesivo
Debe la ley suprema, [tas.
A tales accidentes
Cerrar con gran rigor todas las puer-
El rey y el su Consejo
El tal proyecto aprueban,
Por ser acomodado
A la real salud y conveniencia.

Y ordenase al momento,
Por una ley severa,
Que muera todo bruto
Que chiste en adelante sin licencia.
Así es como se forma
El código de penas,
Si las dicta el capricho,
El gusto é interes del que gobierna.

III.

EL LEON ENFERMO
Y LA ZORRA.

Como enfermase el leon,
A visitarle llegaron,
Segun es uso y costumbre,
Inquietos los cortesanos.
Muy infelices seremos,
Decian, si nos quedamos
Sin monarca tan piadoso,
Tan liberal y tan sabio.
Animal hubo en el corro
Que en tono muy encumbrado,
Puso al leon en la nubes
Con los encomios más altos,
Accidentóse el enfermo,
De suerte que á breve rato
Corrió entre los animales
Que el rey había espirado.
En esto dijo la zorra
Que más le había elogiado:
Pues, señores, si está muerto,
Bien podemos hablar claro.
Digamos ya sin rodeos
La verdad en canto llano:
El tal rey ha sido siempre
Un verdugo sanguinario,
Un déspota el más injusto,
El más ingrato y tirano....
Pero al oír un rugido,
Añadió: ¡cuerpo de tantos!
¿Aun vive? No he dicho nada,
¡Viva nuestro soberano!

IV.

EL CUCO Y EL GRAJO.

El grajo fué á la ciudad;
Y cuando al bosque volvió,
El cuco le preguntó
Con necia curiosidad:
¿Es admirado en el día
De nuestro canto el primer?
¿Qué dicen del ruiseñor
Y su grata melodía?
¿Qué opinion forma la gente
De la alondra, que hasta el cielo
Remonta alegre su vuelo,
Cantando tan dulcemente?
—A todos el canto agrada
De los dos.—Pero de mí,
¿Qué se piensa? Vamos, di.
—De tí nadie dice nada.
—¿Como que nadal? Pues qué?
¿No me tienen por cantor?
¿Me hacen tan poco favor?....
Pero yo me vengaré.
Ya que conmigo es injusto
Y poco imparcial el hombre,
Yo celebraré mi nombre,
Y lo haré más á mi gusto.

V.

EL ASNO DE JUAN RANA.

Tenia un borrico
El tio Juan Rana,

DON PABLO DE JÉRICA.

Lleno de tumores,
De materia y lacras.
Todas las costillas
Tenia matadas,
Tanto, que el mirarle
Compasion causaba.
Verdad es que el pobre
Tenia una albarda
Vieja ya y raida,
Pero muy pesada.
Queriendo aliviarle
El tio Juan Rana,
Le quitó de encima
La pesada albarda.
Empero el borrico
Quiso recobrarla;
Y le dijo el amo:
Mira que te mata.
No importa, responde
El asno: es pesada,
Es verdad; me agobia,
Me muele, me cansa;
Pero há tanto tiempo
Que sufro su carga,
Que ya acomodarme
No puedo á dejarla.
Entónces furioso
Le dijo Juan Rana
(Echándole encima
La pesada albarda):
¡Ah bruto! reniego
De tí y de tu casta:
Por tonto mereces
Suerte tan infausta.

Pueblos oprimidos,
Con vosotros habla
Esta fabulilla.
Que parece nada.
Si cuando los sabios
Con reformas tratan
De hacer llevaderas
Todas vuestras cargas,
Seguis el ejemplo
Del asno de Rana,
Mereceis por tontos
Suerte tan infausta.

VI.

EL BAILE DE LOS BRUTOS.

Dieron los brutos un baile;
Y asistir quiso formal
El burro, por no ser menos,
Como todos los demas.
Tambien fué de los primeros
Aquel cerdoso animal
A quien de ordinario pintan
Con San Antonio el Abad.
No bailaron, por supuesto;
Porque, ¿cómo han de bailar
Personas de tal empaque
Y de tanta gravedad?
El mono, el perro y el oso,
Sí, como era de esperar,
Bailaron bien, y lucieron
Su extremada habilidad.
Y, á pesar de las envidias
Que nunca suelen faltar,
Lograron en el concurso
Un aplauso general.
Y el cerdo y asno ¿qué hicieron?
Quizá me preguntará
Algun lector muy curioso,
Y le añadiré veraz:
Lo que hicieron uno y otro
Bien se puede adivinar:
El cerdo estuvo roncando,
Y el burro dió en rebuznar.
¿A qué comedia ó concierto,

A qué baile ó sociedad,
No asiste un par de zopencos
A dormir ó á criticar?

VII.

EL DESEO Y EL GOCE.

Suspiró el deseo;
Y el goce le dijo:
¡Qué triste te veo!
Consuélate, hijo.
Demos sin tardanza
Fin á tus dolores;
Puedan tus amores
Cumplir su esperanza.
Vén, hijo, conmigo:
Recobra el reposo;
Vén, pues soy tu amigo,
Yo te haré dichoso.
Con esto en su seno
Cogióle; le dió
Su dulce veneno,
Y al punto espiró.

VIII.

EL MUCHACHO Y EL PERRO.

Yendo un muchacho á la esnela
Con el almuerzo en la mano,
Cierta perro conocido
Le fué siguiendo los pasos.
Haciale zalamero
Muchas fiestas con el rabo,
Poniéndosele delante,
Y dando continuos saltos.
Bien se yo lo que tú quieres,
Dijo risueño el muchacho,
¡Picaron! y al decir esto
Le dió un mendrugo tamaño.
Doblaba el perro las fiestas;
Multiplicaba los saltos,
Segun veia que el niño
Mendrugos iba arrojando.
Mas cuando vió que el almuerzo
Del todo se hubo acabado,
Entónces, rabo entre piernas,
Se alejó más que de paso.
Como quien mira visiones
Se quedó el joven incauto
Sin almuerzo y sin amigo.
¡Pobre inocente! los años
Le enseñarán que en el mundo
Tan vil proceder no es raro.

IX.

EL JILGUERO.

Tenia una señora un pajarito,
Tan alegre, tan mono, tan bonito!....
Un precioso jilguero,
Que venia á la mano lisonjero.
Le hacia la señora
Mil caricias y fiestas cada hora:
La jaula le limpiaba
Con mano que el marfil aun no igua-
En su tersa blancura: [laba
Tal era la ternura
Con que aquella señora le queria,
Y los extremos que con él hacia
Tantos, que algun amante,
Al verla tan constante
Con su querido pájaro, é ingrata
Con quien de amor la trata,
Envidiaba celoso
Al pajarito hermoso.
Empero en este mundo, yo lo juro,

Nada hay fijo ó seguro.
Al darle la comida
Un día la señora se descuida;
Y al ver la puerta abierta,
El jilguerito, que aguardaba alerta,
Escapóse volando,
Su triunfo por los aires celebrando.
La señora creia
Que tal vez volveria
Despues arrepentido,
Queriendo recobrar el bien perdido.
Decia: ¿cómo, cuándo
Encontrará vagando
La dicha que conmigo aquí lograba?
Mas no consideraba
Señora tan amable,
Que es bien la libertad tan estimable,
Que sin ella la vida regalada,
Los tesoros del mundo no son nada.
No volvió el jilguerito, y no me es-
Pues en un caso igual yo haré otro

X.

EL RATON Y SU HIJO.

A cierto raton machucho
Tenian postrado en cama,
Sin esperanza de vida,
Sus años y sus desgracias.
Siéndole ya necesario
Pagar tributo á la parca,
A su heredero decia
Estas sentidas palabras:
Aquí te dejo, hijo mio,
Una porcion, no mediana,
Que pudo juntar mi industria,
De quesos, nueces y pasas.
Si moderas tus deseos,
Sin comer otras viandas,
Pasarás vida tranquila,
Y no te faltará nada.
Por el contrario, si buscas
Goloso buenas tajadas,
Ten sabido que los gustos
Tarde ó temprano se pagan.
Con esto murió; y el hijo
Se salió de casa en casa,
Oliendo por donde guisan,
A la siguiente mañana.
Un poquito de tocino,
Que suspendido se hallaba
Dentro de una ratonera,
Le detuvo en la jornada.
Al principio receloso
Se contuvo; y aun es fama
Que dió dos pasos atras,
Temiendo alguna asechanza:
Pero el olor del tocino
Le dió de comerle gana:
Pasa adelante, le muerde,
Y el triste cayó en la trampa.

XI.

EL MUCHACHO Y LA MANZANA.

Entre muchas manzanas un mu-
Inexperto, jovial y vivaracho,
Quiso escoger, con aficion golosa,
Por creerla mejor la más hermosa,

Empero luégo que la vió partida,
Con gusanos por dentro, muy podrida,
Decia pesaroso: madre amada,
Otra quiero, pues ésta está dañada.
Despues, andando el tiempo, le qui-
Casar perfectamente; mas tuvieron
Que ceder á su gusto: el desdichado
Estaba ya perdido enamorado.
Casóse con mujer muy agraciada;
Pero salió tan picara y taimada,
Que de tal casamiento el lazo eterno,
Más bien que matrimonio, era un in-
fierno,

¡Oh, jóvenes, sabed que en esta vida,
La mejor intencion saldrá fallida,
Si os dejais seducir por la apariencia,
Sin querer aprender de la experiencia.

XII.

EL CABALLO Y SU AMO.

Cuéntase que un mal jinete
Compró un hermoso caballo,
Que siendo potro, gustaba
De dar corbetas y saltos.
No atreviéndose á montarlo,
Algunos le aconsejaron
Que le tapase los ojos;
Y así lo montó á su salvo.
En este descubrimiento
Creyó tener un hallazgo;
Y salió un día á la caza
Con su potro muy ufano.
Pero al pasar un camino
Lleno de quiebras y cantos,
El pobre animal á ciegas,
No acertaba á dar un paso.
Pica el jinete la espuela;
Quiere trotar el caballo;
Tropieza y vienen al suelo
El alazan y su amo.

Ni á los brutos ni á los hombres
Será jamas acertado
Que les haga andar á ciegas,
Quien quisiere gobernarlos;
Pues tras de ser peligroso,
Conviene, por el contrario,
Para que caminen bien,
Dejarles que vean claro.

XIII.

LOS CANGREJOS.

En yo no sé que parte
Formaron los cangrejos,
Há ya bastantes años,
Una cámara baja ó parlamento.
Réunidos que fueron,
Nombrado el presidente,
Y abiertas las sesiones
Del modo más formal y más solemne,
Notando los abusos
Mas dignos de reforma,
Dijeron los más sabios
Trozos divinos de elocuente prosa.
Entre nosotros siempre
Lo más notable ha sido
No andar hácia adelante,
Sino hácia atras, por no se qué capri-
Remediamos, decian, [cho.
Abuso tan notable,
Haciendo que los hijos
Eviten el defecto de los padres.
Así lo decretaron
Los diputados todos,

Ménos algunos rancios
Montados al estilo de los godos.
Diéronles mil lecciones;
Pero fueron perdidas,
Porque ninguno quiso
Dejar una costumbre tan maldita.

¡Habrá pueblo en Europa
Tan dado á Barrabas,
Que quiera á lo cangrejo
Marchar siglos y siglos hácia atras!

XIV.

LOS GATOS.

Era Mizmiz, cuando jóven,
Gracioso gatito;
Con todo se divertia
Jugueton, alegre, vivo.
Los señores de la casa
Tenian un bello niño,
Que pasar con él solia
Muchos ratos distraido.
Y porque con él jugase,
Le dieron un ratoncillo,
Que le ponía delante,
Atado de un débil hilo.
Ya Mizmiz le perseguia,
Al parecer atrevido;
Ya le temia cobarde;
Ya le coge, ya da brincos.
Diviértese, y está léjos
De dañar al ratoncillo;
Y ni aun siquiera imagina
Que fuese tal su destino.
En esto allí se aparece
Mifuf, gatazo, su tio,
Al raton echa la zarpa,
Se lo traga medio vivo,
Y encarándose á Mizmiz,
En grave tono le dijo:
¡Oh, jóven necio y ajeno
De todo saber y juicio!
Aprende ya desde ahora
Que quien tuviere enemigos
Debe quitarlos de enmedio,
Si se le ponen á tiro;
Y todo lo que no sea
Asaltarlos, destruirlos,
Es andarse por las ramas,
Mizmiz, y tiempo perdido.

XV.

LAS ABEJAS.

Las abejas, república industriosa,
Leccion á los humanos provechosa,
Viendo que cada día
El número de zánganos crecia,
Para el bien del estado,
Pidieron su extincion en el senado.
Una abeja prudente,
No ménos sentenciosa que elocuente,
Dijo de esta manera:
En el presente caso se pudiera
Usar para el efecto
De algun medio eficaz; pero indirec-
Irán cada momento [to.
Los males en aumento,
Si luégo no se atajan:
Estos comen la miel y no trabajan,
Pues no hay que echarlo á broma,
Quien aquí no trabaje que no coma.
Esta ley promulgada,
Fué puesta en su vigor, tan acertada,
Que al fin no quedó uno
De tanto ocioso zángano importuno.

Si por vana y gravosa, [tuna,
Alguna clase ¡oh pueblo! te impor-

Sin hacer otra cosa,
Quítale la ración, y dile : ayuna;
Que es remedio probado
Para verla extinguida de contado.

XVI.

EL AMOR Y EL PUDOR.

Como era tan niño Amor,
Y siempre quería holgar,
Le solía acompañar,
Muy solícito el Pudor.
Déjame, le dijo un día,
Que yo no me perderé;
Por todas partes iré
Sin tu eterna compañía.
Y el Pudor le replicó;
¡No quieres ya mis consejos?
Fues á fe que no irás lejos,
Si no te acompaño yo.

XVII.

LA PERRA FALDERA.

Llamábase Leal, porque lo era,
Una perra faldera, [ma.
Que tenía por ama
Una hermosa, gallarda, amable da-
Si alguno se acercaba,
Al punto la perrita le ladraba;
Y en su deber constante,
Era de noche guarda vigilante.
Queriendo con secreto y á deshora
Hablar con su cortejo la señora,
Una noche dejó la puerta abierta;
El vino, y la Leal, que estaba alerta,
Daba tales ladridos,
Que, aunque estaban dormidos,
Vecinos y criados despertaron.
¡Qué es esto! ¿Qué sucede? pregunta-
El galán callandito [ron.
Se retiró, diciendo : ¡ah can maldito,
Aguarda mis venganzas;
Pues has robado en flor mis esperan-
La mañana siguiente, [zas.
De acuerdo con el ama y en caliente,
A la Leal preciosa,
Dió fiera muerte, por estar rabiosa.

El que sirve á los déspotas viciosos
Con hechos virtuosos,
Sin halagar sus vicios y pasiones,
Debe aguardar, en todas ocasiones,
Como de un enemigo,
En vez de justo premio, gran castigo.

XVIII.

EL RUISEÑOR.

En un bosque frondoso,
Un ruiseñor, con tono melodioso,
Encantos aumentaba
A la bella estación en que cantaba.
Y mientras sus amores
Publicaba con músicos primores,
Llegó un rapaz milano
Y asíóle entre sus garras inhumano.
El triste al ver pérdida
Su amable libertad, su dulce vida,
Cantaba de manera
Que las más duras peñas conmoviera.
Pero el milano, duro é inclemente,
Sin escuchar su música doliente,
Dividiéndole fiero,
Lo devoró con pico carnicero.

Siempre ha sido el intento
Del hombre virtuoso y de talento,

DON PABLO DE JÉRICA.

Insuficiente y vano
Para vencer la saña de un tirano.

ROMANCES.

I.

EL DESPECHO DE ELISA.

Orillas del Avendaño,
Quejábase el otro día
De su zagal inconstante
La bella zagala Elisa.
Suelto el hermoso cabello,
De triste luto vestida,
Entre suspiros ardientes
Así llorosa decía :
Después de tales promesas,
De tan sabrosas caricias,
¡Romper, ingrato, pudistes
El lazo que nos unía?
Libre ya de aquella llama
En que por mi amor ardías,
¡Pudiste, criuel, dejarme
Burlada y escarnecida?
¡Oh mil veces infelice
Por quien en los hombres se fia!
Mas de tan funesto engaño
Sabré vengarme en mí misma.
Y pues la muerte es tan dulce
Para quien odia la vida,
Las aguas del Avendaño
Ahogarán las penas mías.
En esto á precipitarse
Presurosa se encamina;
Mas la idea de la muerte
La contiene, la horroriza.....
Por cierto que soy muy loca,
Dijo dejando la orilla :
¡Hay tantos zagales! ¡tantos!
Y sólo tengo una vida.

II.

EL DESENGAÑO AMOROSO.

La rueda de la fortuna
Da vueltas y no se para;
Si es un día favorable,
Será otro día contraria.
Entre los varios caprichos
De su perenne inconstancia,
Los descuidados perecen,
Los prevenidos se salvan.
Para pasar una vida
Más libre, más descansada,
*Nadie fie de mujeres,
Que la mejor es muy mala.*
Yo quería..... mal he dicho;
Mejor diré, yo adoraba
Al depósito más bello
De los donaires y gracias.
No hay colores suficientes,
No hay enérgicas palabras,
No hay hiperboles bastantes
Para poder retratarla.
Nuestros constantes amores,
Que acrisoló la desgracia,
Dejarse atrás prometían
Cuanto celebra la fama.
Pero la mujer más firme,
La que de veras nos ama,
Está cerca de olvidarnos,
Sin tener firmeza en nada.
Un primo suyo que vino
De vuelta de una campaña,
Y es militar, de los muchos

Que tienen asco á las balas;
Con su lucido uniforme,
Con su relumbrante espada,
Deslumbró los lindos ojos
En que mi amor se miraba.
¡Cuánta frialdad desde entóncest!
¡Qué diferencia! ¡La ingrata!
*Nadie fie de mujeres,
Que la mejor es muy mala.*
La pérdida, la traidora,
De mi pasión se burlaba,
Dando por siempre al olvido
Las promesas más sagradas.
Y pues en tales deidades
Sólo encuentra quien las ama,
En el mar del desengaño,
Viles sirenas que matan;
Con la prudencia de Ulises
Fortifiquemos el alma :
*Nadie fie de mujeres,
Que la mejor es muy mala.*

III.

A un amigo que me escribió á París pregun-
tándome cómo me iba, y qué amores tenía
en su ausencia.

Flora se llama la bella
De los divinos ojuelos,
Por quien en dulce agonía
Tiernisimamente muero.
¡Oh qué firmes nos amamos!
¡Qué constantes nos queremos!
Cual dos tórtolas amantes
Damos de ternura ejemplo.
Bien sé que corre la envidia
Murmurando por el pueblo;
Dispertando la discordia,
Para turbar mi sosiego.
Sé que la hermosa Paulina,
Porque la quise algún tiempo,
Está contra estos amores
Furiosa y llena de celos.
Sé cuánto dicen las viejas;
Pero sus dichos desprecio :
*Florilla es mi bien, mi todo;
Ella me quiere, y la quiero.*
A nadie le debo un cuarto;
Y no me falta dinero
Para ir pasando la vida,
Segun mi humor y mi genio.

Tengo amigos, aunque pocos,
Que bastan, cuando son buenos;
Y estoy libre de negocios,
De cuñados y de suegros.
Cuando quiero cantar canto;
Cuando quiero beber bebo;
Cuando quiero salir salgo;
Si me acomoda no vuelvo.
Cuando hago algún disparate
Grande, mediano ó pequeño,
Seguro esta que me riña
Mi mujer, pues no la tengo.
Bien pudiera, como Ovidio,
Llorar también mi destierro;
Aunque no estoy en Melilla (1),
Si no en París salvo y bueno;
Mas en vez de escribir *Tristes* (2),
Escribiré alegres versos :
Con Demócrito me entierren;
Que á Heráclito le prefiero.
Uno espera la amnistía
Para ver el patrio suelo,
Y la amnistía no viene
A cumplir su buen deseo.
Otro pasará sin ella,
Que tiene muy buenos pesos,

(1) Fui desterrado á Melilla por diez años y
un día, por constitucional, el año de 1814.
(2) Alude á los conocidos versos de Ovidio.

LETRILLAS.

Que no son grandes latinos
Los perros de mi lugar.

II.

EL NOVIO Y EL CAPUCHINO.

Cierto jóven que á casarse
Gozoso se preparaba,
A los piés de un capuchino
Se arrodilló una mañana,
Y le rogó muy humilde
Que sus culpas escuchara.
Confieso, dijo, que quiero,
Que idolatro á una muchacha;
Pero todo está dispuesto,
Y hoy mismo, padre, nos casan.
Contóle otros pecaduelos
El novio, muy á la larga;
Y el fraile tomaba polvos,
Sin chistar una palabra.
Dicho ya el *ego te absolvo*,
Extrañando le dejaba
Escapar tan bien librado,
Antes de volver á casa,
Dijo el penitente : padre,
¡No me manda rezar nada,
Ni hacer otra penitencia
Que mis culpas satisfaga?
A qué contestó mi fraile,
Componiéndose las barbas :
¡Qué más penitencia quiere?
¡No me ha dicho que se casa?

LETRILLAS.

I.

LOS DIAS DE BELISA.

La flor de la aldea,
Zagaleja linda,
Modelo de gracia
Que todas envidian,
Porque te sonries
Cuando Blas te mira,
Te dice tu madre
No seas tan niña.

Trece Abriles solos
Han dado, Belisa,
Lirios á tu cuello,
Rosa á tus mejillas;
Y ella en siete lustros
Pierde el ser bonita,
Dándole así en rostro
Que seas tan niña.

El vecino bosque,
Mientras se retira
Febo con sus rayos
A lejanos climas,
A pasar la siesta
Grato nos convida :
Vén con las zagalas,
No seas tan niña.

Vén á jugar, vamos;
Que en union sencilla
Celebrar debemos
De tu santo el día :
Si bailar contigo
Tu zagal codicia,
No se lo rehuses,
No seas tan niña.

De tu dulce boca

Y no hay más patria en el mundo
Que vivir libre y contento.
Yo de las dos opiniones
Puedo ponerme en el medio,
Vivo aquí bien, y en España
Viviré bien, si allá vuelvo.
Y mientras llega aquel día,
Paso sin sentir el tiempo :
*Florilla es mi bien, mi todo;
Ella me quiere, y la quiero.*

IV.

A UNA ZAGALA.

No, zagaleja preciosa,
No me vuelvas á mirar;
Que son muy lindos tus ojos,
Y á quien miran hacen mal.
Vengo de tierras lejanas,
Y he navegado en un mar
En que no evita naufragios
El piloto más sagaz.
De cerca vi á las sirenas;
Sonó su canto falaz,
Y como no soy Ulises,
Las hube al fin de escuchar.
Empero, restituído
A mi nativo lugar,
Debe ser este mi puerto
Contra toda tempestad.
Dejaré á nuevos Jasones
Que vayan á conquistar
Velloinos y Medeas;
Pues temo su crueldad.
Vivir tranquilo deseo;
Mi juventud pasó ya;
Ya para mí los amores,
Más que placer, son pesar.
Hay en el pueblo mocitos
A quienes guía la edad
Al templo de los placeres,
Y por tí suspirarán.
A un enemigo que tengo,
Quisiera verle penar;
Mírenle tus lindos ojos,
Que á quien miran hacen mal.

CUENTOS.

I.

EL CURA VIZCAÍNO.

Cierto cura vizcaíno
Solía siempre llevar
Escondido un gran machete;
Y llegándose á notar,
Se lo reprendió el obispo
Con mucha severidad,
Como cosa tan opuesta
Al decoro clerical.
El dijo que lo llevaba
Con la mira de ahuyentar
Una cáfila de perros
Que habia en la vecindad.
Con todo, añadió el obispo,
Más acertado será
Que lleve usted el breviario,
Y use del medio eficaz
De leer el evangelio
De San Lucas y San Juan;
Y replicó el vizcaíno,
Con no poca seriedad :
Aun entóncest mi machete
Tampoco estará de más;

Saber solícita,
Si tiene en tu pecho
Su amor acogida :
¡Temes como al lobo
Simple corderilla,
Y á tu madre llamas!
No seas tan niña.

Su vista te alegra;
Y si en tí por dicha
Sus miradas tiernas
Amoroso fija,
Tu naciente seno
Sin cesar se agita :
Dile que le quieres;
No seas tan niña.

Págale amorosa
Con blandas caricias;
Pues amarte jura,
Mientras tenga vida :
Dale un beso en prendas
De tu fe sencilla;
Tiempo es ya de amores;
No seas tan niña.

La flor de Citéres
La más exquisita,
Pediráte luégo
Con instancias vivas :
Dársela no debes,
Si tu bien estimas :
Y aunque niña seas,
No seas tan niña.

II.

SOBRE EL AMOR.

Tener con una idea
La mente divertida;
Sentir su alma oprimida
Con un grato dolor;
Mirar á cada instante
Su amado bien presente,
Es eso cabalmente
Lo que se llama amor.
Dejar triste su amiga;
Volver gozoso á hablarla;
Y no poder tocarla
Sin un violento ardor;
Llamarla á todas horas
Mi vida, mi embeleso,
Precisamente es eso
Lo que se llama amor.
Hallar un bien cumplido
En un favor ligero;
Tener por un mal fiero
Cualquiera disfavor;
Reír, llorar, y hallarse
Temiendo y esperando,
Esto es vivir pasando
La enfermedad de amor.
Reñir y hacer las paces;
Volver á reñir luégo,
Mas no encontrar sosiego
Hasta querer mejor;
Y hallar en tiernos lazos
El premio apetecido;
Esto es y siempre ha sido
Lo que se llama amor.

III.

LA ZAGALA ALEGRE.

*Ahora que soy niña, madre,
Ahora que soy niña,
Déjeme gozar ahora,
Sin que así me riña,*

A una donosa zagala
Su vieja madre reñía,
Cuando pasaba las horas
Alegres, entretenida;
Y ella, su amor disculpando,
Con elocuencia sencilla,
Cantando al són del pandero,
Así mil veces decía:
Ahora que soy niña, etc.

¡Qué mal nos hace Salicio,
Si cuando pasa me mira,
Y me tira de la saya,
O en el brazo me pellizca?
No piense, madre, que busca
Mi deshonra; no lo diga:
Mi gusto solo, y su gusto,
Queriéndome así, codicia.
Ahora que soy niña, etc.

También nuestro señor cura
Me suele llamar la linda,
Y muchas cosas me dice
Que no me pesa de oírlas.
Que me casará, me ha dicho,
Con Blas el hijo de Gila;
Sino que Blas, como es tonto,
De agradarme no se cuida.
Ahora que soy niña, etc.

Quando casada me vea,
Hecha mujer de familia,
Me sobrarán mil cuidados,
Me faltará mi alegría.
Por eso quisiera, madre,
Pasar alegre los días
Que me restan de soltera
En bailes, juegos y risas.
*Ahora que soy niña, madre,
Ahora que soy niña,
Déjeme gozar ahora,
Sin que así me riña.*

IV.

LAS COMPARACIONES.

Niños que se hallan dispuestos
A llorar como á reír,
Sin saber lo que desean;
Los amantes son así.
Velas que fácilmente
Con el viento más sutil
Se mueven á todas partes;
Las mujeres son así.
Melón que parece bueno,
Y malo suele salir
De nueve veces las ocho;
El casamiento es así.
Aves que vienen de lejos
Quando se acerca el Abril,
Y por Octubre se escapan;
Los amigos son así.
Mujer liviana que oculta
Con albayalde y carmin
Su pálida podredumbre;
El hipócrita es así.

EPITAFIOS.

I.

Á UN GRAN PEREZOSO.

Aquí yace un perezoso,
Que, al acabar la jornada,
Dijo: voy á ser dichoso:
Ya no tendré que hacer nada.

II.

Á UN FRAILE.

Aquí fray Diego reposa,
Y jamas hizo otra cosa.

COMPOSICIONES VARIAS.

I.

LOS CAMBIOS.

Filis, avara y esquivia,
Quiso emprender el comercio,
Y exigió de su Leandro
Tres corderos por un beso.
Al otro día el negocio
Fué para el zagal más bueno;
Pues de la pastora obtuvo
Tres besos por un cordero.
Otro día viendo Filis
A Leandro menos tierno;
Se creyó feliz con darle
Tres corderos por un beso.
Hoy que se ve despreciada,
Dará el rebaño y el perro
Por un beso que el ingrato
Da á Nise, su amado dueño.

II.

CARÁCTER DEL VERDADERO
FILÓSOFO.

El filósofo siempre es tolerante,
De la verdad amante,
De la virtud amigo,
De los vicios acérrimo enemigo;
Accesible, sencillo, bondadoso,
Su centro es el reposo;
Humanidad respira,
Su dulce trato probidad inspira;
Para el error clemente,
Se muestra inexorable al delincuente.
Socorre con largueza
Del verdadero pobre la pobreza,
Y reprende severo
Al holgazán y vago pordiosero.
Los abusos critica,
Y á reformarlos con tesón se aplica;
Jamás el envidioso
Logra turbar su plácido reposo,

Ni es el mérito ajeno
Para su corazón mortal veneno;
Acógele más bien, alaba, estima,
Y promueve y anima:
Si escribe, son lecciones
De verdad y virtud sus producciones;
No busca el interés ó gloria vana
Que escribiendo se gana;
Procura, sí, afanoso
Hacer al hombre bueno y venturoso,
Y al fin tan solo alcanza
Ver frustrada del todo su esperanza;
Mírase calumniado,
Perseguido, ultrajado.....
Sirvenle de consuelo
Su recto proceder y heróico celo;
Y su ardor multiplica,
Y al bien de los demás se sacrifica.

III.

CANCION TIROLESA.

DE MÚSICA CONOCIDA.

Antes era yo bonita,
Mas arrúgase mi tez;
Y se acerca la maldita,
Malditísima vejez.
Antes muchos me querían,
Y se penaban de mí;
Que era diosa me decían,
Y yo necia les creí.
Mil recuerdos lastimeros
Me guarda la senectud,
Por los gozos pasajeros,
Que logré en mi juventud.
¡Ay qué delicias aquéllas!
¡Y ésta que pena cruel!
Siendo bella entre las bellas
Yo tuve un amante fiel.
Muchos días he perdido
Que ahora quisiera lograr;
Mas al tiempo una vez ido
Le es imposible tornar.
¡Ahora sí que gozaría!
¡Cuál me inundara el placer!
Pero fué la suerte mia
Ser sensible y padecer.

A unas aguas que caen precipitadas
en el Avendaño.

SONETO.

Aguas, que descendiendo desta al-
Caeis sobre las peñas descarnadas,
Adonde en blanca espuma levantadas,
Ofendidas mostrais más hermosa;
Si hallais esta dureza tan segura,
Para qué porfiais, aguas cansadas,
Há tantos años ya desengañadas,
Contra roca tan áspera y tan dura?
Volved atrás atravesando el prado,
Por él caminaréis más libremente,
Hasta llegar al fin tan deseado.
Pero quizá el amor no lo consiente,
Y de la libertad os ha privado;
Que en mi pasión me sucedió igual-
mente.

D. MANUEL NORBERTO PEREZ DE CAMINO.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

DEL SEÑOR DON SANTIAGO PEREZ DE CAMINO (1).

Nació en la ciudad de Búrgos en 6 de Junio de 1783, de padres nobles, que le dieron una educación esmerada.

En el seminario conciliar de San Jerónimo de dicha ciudad, cuya beca vistió, cursó los tres años de filosofía con general aplauso.

Dedicado á la jurisprudencia, cursó esta facultad en las universidades de Oñate, Osma, Valladolid y Alcalá, donde recibió el grado de Doctor, dejando en todas ellas recuerdos de su aplicación, y de su aventajado entendimiento.

Como adornos de educación aprendió los idiomas frances, inglés é italiano, y cultivó con esmero la música, dedicándose á la guitarra, al piano y al canto.

Se recibió de abogado de los Reales Consejos, en el Supremo de Castilla, á la edad de veinte y dos años, y se incorporó en el Colegio de Madrid, dando á conocer en la defensa de algunas causas sus conocimientos filosóficos y jurídicos, y sus prendas oratorias.

A fines del año 1807, á propuesta de la sala de Alcaldes de Casa y Corte, fué nombrado agente fiscal de este tribunal, y al año siguiente, fiscal interino de ella por el gobernador del Consejo de Castilla don Arias Mon y Velarde, á quien correspondía este nombramiento. Ejerciendo este empleo le encontró José Napoleon en su primera entrada en Madrid, y en él le dejó cuando se retiró á Vitoria. Sin embargo de que, en el corto espacio que los franceses ocuparon la capital, desempeñó su cargo bajo la autoridad del gobierno intruso, no sólo no fué reconvenido por la Junta Central, sino que continuó en sus funciones con grande aprecio de ella, del público y de la Sala.

Al ocupar de nuevo los franceses á Madrid, CAMINO intentó partir para Sevilla, donde se reunía entonces el gobierno; pero ¿con qué orden? El Consejo de Castilla y la Sala de Alcaldes permanecieron en la capital, y PEREZ DE CAMINO creyó que su deber era no apartarse de la Sala. Cercado por todas partes de dudas y peligros, justamente desconfiado de la inexperiencia propia de sus veinticinco años y medio, juzgó que lo más cuerdo era elegir por norte al Tribunal en que servía, y seguir las huellas de los respetables magistrados que le componían.

Poco despues se le confirió en propiedad, sin solicitarlo, la fiscalía de la Sala, y con ella la de la Junta Criminal que se le habia agregado.

Desempeñó ambos cargos hasta el año de 1812 en que fué nombrado miembro de las Juntas que sucedieron á los Consejos; y á fines de dicho año se le confirió el nombramiento de Gobernador de la Sala.

Entonces escribió el notable discurso de apertura del Tribunal, que imprimió y publicó á instancias de éste.

Lleno de amor á su patria, cifró todo su empeño, y siempre con extraordinario éxito, en sacar á salvo á los españoles acusados de conspiración contra el gobierno de José Bonaparte. Uno de ellos, eclesiástico del Hospital general, Fray F. Muñoz, religioso dominico, que no pudiendo resistir al impulso de su gratitud, hizo en 1819 un viaje á Burdeos, donde sabía que residía el que le habia arrancado de los brazos de la muerte, para postrarse á sus piés y asegurarle su eterno reconocimiento.

(1) Este ilustrado y estimable caballero, hermano del poeta, nos franqueó bondadosamente los versos inéditos de DON MANUEL NORBERTO, cuya parte más escogida ahora publicamos. (Nota del Colector.)